

# La larga posguerra de España



**A**LGUIEN dijo: "Ha estallado la paz"; alguien dijo "La paz empieza nunca"; y alguien dice, todavía, refiriéndose a aquel momento, «No ha llegado la paz, sino la victoria». Con su eterno, siempre cumplido, "vae victis": lo escribió por primera vez Tito Livio, y hay temas en la historia que sirven para siempre. Hay que decir que entonces los vencidos lo estaban dejando también moralmente. No porque hubieran dejado de creer en lo que creían, sino porque la derrota les llegaba con una fuerte carga de sentimiento de culpabilidad para consigo mismos y sus compañeros. Para muchos, la historia de la derrota comenzaba casi el mismo día de la proclamación de la República, cuando vieron una cierta debilidad, una cierta indecisión en un momento en que se esperaba nada menos que un cambio de era para una España que no había salido de las mismas manos hereditarias desde la Reconquista, que no había sido penetrada por las ideas del humanismo en el Renacimiento, que había rechazado la ciencia, la técnica de la Revolución Industrial y el viento renovador de la Enciclopedia. Si se examina ahora, a esta larga distancia, la obra de la República en solo cinco años parece mucho más extraordinaria, mucho más rica y positiva de lo que pareció a quienes, desde abajo, habían ayudado a traerla. Y es porque tenemos la óptica de los cincuenta años pasados desde entonces, en los que los ideales europeistas y regeneradores de entonces se han vuelto mucho más atrás de donde estaban en el punto de partida de la República, y aún estos cinco años nuevos de democracia no han conseguido llevarnos a aquel mismo punto. La República no solo no aprovechó su fuerza popular de entonces, sino que no tuvo voluntad de aprovecharla. Pretendía otra cosa: pretendía que no era preciso desmontar a

la fuerza —la fuerza de una razón— a las fuerzas contrarias, sino que debía convencerlas, asimilarlas, integrarlas. Era un empeño digno; pero era, también, un desconocimiento de sus adversarios. La República fue demasiado débil para sus bases populares, demasiado dura para sus enemigos. En estos se producía una doble sensación: la encontraban en efecto débil en cuanto a fuerza y capacidad de hacerse respetar, y fuerte y dura en cuanto a lo que suponía contra sus propios intereses. Eran las dos condiciones objetivas necesarias para atacarla. Y lo hicieron. Había, naturalmente, otras cosas. Una reacción burguesa que se corregía a sí misma: si ayudó a la República para defenderse de las castas dominantes que todavía procedían de la Reconquista, la combatió después para defenderse de las clases bajas que reclamaban sus derechos. Había, también, la situación mundial: el radicalismo de la derecha hacia el fascismo y el nazismo, el de la izquierda hacia el comunismo. La vieja pobreza de España ayudaba a estos radicalismos. Cuando la República fue asaltada, luchó durante tres años y perdió: en esa guerra se produjeron todos los problemas internos de un bando, todas las desconfianzas mutuas, los distintos conceptos de por qué se estaba luchando y que era lo que se quería ganar.

Cuando terminó la guerra, una gran parte de los vencidos tuvieron la sensación de que habían perdido porque lo habían hecho mal; porque no habían sabido utilizar sus propios soportes, su capacidad de pensamiento, sus condiciones de movilización. Las derrotas producen siempre dos reacciones en los pueblos vencidos (en las poblaciones civiles, al margen de las clases dirigentes y del sentimiento militar): una, de la que la resistencia debe continuar, la de que no todo está perdido. Otra, la de que merece la pena una

---

# La larga posguerra

---

adaptación, una comprensión del vencedor. Sobre todo si se trata de una guerra civil, donde el vencedor no es un extranjero. Aparte de esa voluntad de resistir que quedó en los guerrilleros, en los partidos y el gobierno en el exilio —donde se reproducía siempre la misma dificultad de entendimiento— y en los movimientos clandestinos, una enorme mayoría hubiera querido sumarse a la nueva experiencia. No tuvo ocasión. Pronto se comprendió que la victoria equivalía a una ocupación extranjera: los vencedores traían nuevos dioses, nuevos ídolos, nuevos lenguajes (parecía el mismo castellano, pero era otro muy distinto); otros conceptos de la historia, de la estética, de las relaciones humanas, de las costumbres de la sociedad. Aún así, algunos hubieran hecho el esfuerzo de ir hacia ese nuevo concepto —¡tan antiguo que volvía a ser nuevo!— de la sociedad española. No les dejaron. Se encontraron orillados por las depuraciones, por los castigos, por los recelos y las sospechas: cuando no por la cárcel y las diarias penas de muerte. Era evidente que no había comunidad posible. Franco tuvo en esos momentos la verdadera oportunidad de crear un país nuevo. No estaba ese país nuevo en su ánimo. Lo que entendía, lo que entendían los vencedores que le rodeaban y que habían hecho de él un símbolo y un ejecutor de sus ideas, era que había que borrar lo que ellos mismos llamaban “anti-España” (convirtiéndose, por eso solo, ellos mismos en anti-España, en extranjeros para muchos españoles) en un baño de sangre. Hubo, por lo tanto, dos errores graves en aquellos momentos: el de quienes creyeron que podían sumarse al esquema de civilización y de cultura que traían los vencedores, y el de los vencedores que creyeron que podrían destruir para siempre unos impulsos, unas ideas, unas situaciones. Algunos de los que habían dejado perder la gue-

rra con la esperanza de que la paz les absorbería comprendieron pronto que no se trataba de eso. Sobre esas dos tendencias se produjo la posguerra. El propio Franco creó la más peligrosa resistencia contra él: la de esa misma burguesía rechazada, excluida, vigilada. Más peligrosa que los guerrilleros en las Sierras, más que las organizaciones clandestinas, más que el riesgo exterior —que ya se vió lo que no daba de sí—, la resistencia a compartir el régimen por parte de aquella inmensa mayoría a la que el régimen no había dejado otra solución y que regresaba por la fuerza natural de su propia esencia a los ideales que habían sido su impulso. Podría decirse que Franco ganó la guerra, pero perdió la posguerra. Unamuno lo vió en los primeros días de julio, en el escaso tiempo que medió entre el estallido de la guerra y su propia muerte física: “Venceréis, pero no convenceréis”. En Unamuno podría verse ese ejemplo claro de quien quiso sumarse y no pudo; tenía que perder su “yo” —ese “yo” que defendía a ultranza— para entrar en la nueva civilización que se le ofrecía, y que no era tal sino solamente fuerza y viejos espectros. Podría decirse que Unamuno fué el primer español de la posguerra.

El no convencimiento que quedaba como una maldición clavada en el costado de los vencedores ha ido viviendo, nutriéndose, creciendo durante los largos años de la posguerra. Lo que sucedió cuando Franco murió fué un restablecimiento natural y simple de la ideología anterior a Franco, que no fué nunca desarraigada ni convencida. Venía ya de muchos años antes: con Franco el régimen se había ido demoliendo, minando, pudriendo. Tuvo, también, más tiempo que ningún otro sistema conocido en la historia de España para demostrar su capacidad. Aún con un siglo por delante, todo hubiera sido inútil: no valía. Era un sistema de fuerza y mie-



# de España

do, basado en unos castigos y recompensas. El aspecto ideológico que tuvo se quedó seco en los primeros tiempos, cuando las ideologías afines cayeron en la guerra mundial y dejaron al descubierto su vacío y su horror. Las propias escaramuzas, sus legalizaciones y sus instituciones, sus "familias políticas", sus "tercios familiares", su "democracia orgánica" eran cascarones vacíos. El esfuerzo que tiene que hacer para convencer quien no tiene razón ofrece un resultado inverso: las censuras, los machaqueos de las consignas, los discursos, los juramentos y las tomas de posesión, los intelectuales del régimen, no consiguieron más que convertir en fósiles las ideas que trataban de aportar y sostener. Poco a poco, todo se vino abajo. Al régimen de Franco no le vencieron las guerrillas, las clandestinidades, los gobiernos en el exilio y las presiones de las democracias extranjeras: le vencieron los vencidos que no supo convencer ni asimilar. Claro que para convencerlos tenía que haber ideado otro régimen que no fuera el suyo.

Es difícil determinar cuando empezó la posguerra y cuando ha terminado, y si realmente ha terminado. Utilizando la misma aparente paradoja de antes, la de que la derrota empezó en la República, se podría ahora decir que posguerra comenzó también con la República. Es decir, con el descubrimiento de lo posible —ya no era imposible crear una comunidad de hombres libres mentalmente— y con el fortalecimiento de unas mentalidades y de unas fórmulas de convivencia: unas actitudes que han traspasado todos los acontecimientos nacionales y mundiales y, después de la travesía del desierto, llegan casi intactos a nuestro tiempo. Lo cual no quiere decir que se pueda señalar el final. La muerte de Franco no es concluyente. Todavía después de ella, durante un año, el gobierno Arias Navarro-Fraga se empeñó en defender las últimas posi-

ciones; todavía la creación de UCD en forma de movimiento residual, y sus sucesivas evoluciones hasta ahora, han intentado mantener dentro del vocabulario y de las reformas institucionales un sedimento de franquismo regenerado. El 23 de febrero de 1981 fué un acontecimiento de posguerra: en las sentencias por la sublevación militar de aquel día todavía encuentran muchos un latido de franquismo.

Algunos creen que comienza a vivirse la otra posguerra: la posguerra de los vencedores de entonces. Con una infinita suavidad. Sus periódicos, sus propagandas, sus discursos, tienden a mostrarles precisamente como vencidos no convencidos ni siquiera resignados: son ellos mismos los que se sitúan en esa posición para trabajar una reacción, quienes dibujan —como se ha hecho en el mismo proceso— una situación caótica de España para regresar al mismo punto de partida, el del 18 de julio de 1936.

No se regresa nunca. Las ideas vencidas en 1939 han traspasado los años, pero no son las mismas ni pueden serlo: los partidos o los hombres que han pretendido mantenerlas intactas y exactas están perdiendo, borrándose. Las ideas que produjeron el 18 de julio se esfuerzan en depurar algo permanente, algo aplicable a las nuevas condiciones de vida: no lo van a conseguir. Pero todo ello prolonga esa sensación angustiada y dura de la posguerra, esa inseguridad. Toda posguerra mal tratada y regulada puede convertirse en una preguerra. Ese sería nuestro destino si no nos prestásemos a reflexiones más profundas, más actuales. Mostrar como fué la larga posguerra de España —propósito de este número— puede hacernos, tal vez, un poco más fuertes y más vivos en el trabajo de cerrar definitivamente las posguerras y comenzar la paz. ■